

# ***La conflictividad social después del movimiento obrero***

*La conceptualización del llamado «estallido social», desborda los ejes a partir de los cuales se piensan los movimientos sociales. Además, en esa conceptualización repercuten las consecuencias de la crisis, en la realidad y en la teoría, del paradigma del movimiento obrero. A fin de comprender las formas de conflictividad social, es importante partir de que el «problema» no radica del todo en lo real sino también en los conceptos que construimos. Hoy día resulta difícil postular una teoría del conflicto social al estilo de la que sustentaba los análisis de ese movimiento, sin ignorar las variedades y calidades de dicha teoría.*

**Marina Farinetti**

**E**s común que se denomine «estallido social» a una protesta cuando alcanza un pico de intensidad muy fuerte en relación con el alcance de la participación, la multiplicidad de protagonistas y la violencia que ejerce sobre el orden social y político. En este sentido, Argentina desde la década de los 90 fue el escenario de varios estallidos en capitales y pueblos de las provincias<sup>1</sup>.

---

**Marina Farinetti:** Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

**Palabras clave:** movimientos sociales, acción colectiva, Argentina.

1. Estos estuvieron vinculados, de distintas maneras, con las consecuencias sociales de la política de transformación del rol del Estado impulsada por la gestión peronista del presidente Carlos Menem. Esta política engloba el conjunto de estrategias establecidas en el Plan de Convertibilidad implementado en 1991, las cuales pueden resumirse en los siguientes puntos: a) privatizaciones; b) desregulación de la economía; c) reforma administrativa (fundamentalmente, reducción de empleados públicos y racionalización de los recursos públicos); d) aumento de la presión impositiva; e) apertura económica; f) flexibilización del mercado de trabajo.

---

La conceptualización de estas movilizaciones, por las dificultades que presentan para el trabajo de identificación de los actores y las motivaciones colectivas, desborda, en un primer nivel, los ejes a partir de los cuales se piensan los movimientos sociales. Por lo general, los denominados estallidos sociales son fenómenos fugaces, cesan luego de un momento de violencia sin dar lugar a agrupamientos capaces de sostener un conflicto en el tiempo. Encontrar la unidad subjetiva que sostiene una acción colectiva necesita de un análisis que no debe restringirse a la conciencia de los actores, pero este trabajo es más arduo y menos productivo cuando esa unidad subjetiva no es identificable como un sujeto colectivo que se afirma a sí mismo en cierta autoconciencia<sup>2</sup>.

En un segundo nivel, repercuten en el trabajo de conceptualización las consecuencias de la crisis, en la realidad y en la teoría, del paradigma del movimiento obrero a la hora de dar cuenta de la estructuración de los conflictos sociales en los tiempos actuales. La realidad de este tipo de conflicto ha sufrido importantes mutaciones y las ideas sobre la cuestión social vigentes en la mayor parte del siglo xx parecen haberse vuelto inoperantes. Bajo esta influencia, cualquier protesta, por más aislada que estuviese y más fugaz fuese el colectivo, podía leerse bajo aquel paradigma en relación con un conflicto social central y estructurante entre los sectores del capital y los del trabajo.

Sin embargo, antes como ahora, la realidad y los conceptos se perturban entre sí en una compleja trama en la cual éstos experimentan el riesgo de quedar prisioneros del «objeto». Las herramientas contemporáneas de las ciencias sociales para estudiar los movimientos sociales, al haberse «liberado» de la aspiración de ser parte de un pensamiento totalizador sobre la constitución de la sociedad, son más poderosas para atender las configuraciones subjetivas y objetivas que se juegan en cada fenómeno particular de protesta. En cambio, presentan dificultades cuando se quiere inscribir los casos singulares en procesos sociales generales.

Cuando se quiere proceder en esta dirección, prevalece frecuentemente en los estudios una actitud de reproche al objeto, se atiende sobre todo a lo que le falta a un determinado fenómeno de protesta para ser un movimiento social y se

---

2. Para remitir a un ejemplo, esta autora ha analizado el caso del Santiagazo, una furiosa protesta ocurrida en la capital de la provincia argentina de Santiago del Estero en 1993. En el transcurso de esta jornada, una multitud destruyó, incendió y saqueó las sedes de la gobernación, los tribunales y la legislatura y lo mismo hizo con las residencias privadas de una decena de funcionarios y políticos. «Violencia y risa contra la política en el Santiagazo» en *Apuntes de Investigación* N° 6, noviembre de 2000.

remarcan los rasgos de discontinuidad, dispersión, heterogeneidad, desarticulación, fragmentación, y otros similares. Los estudios se reparten entre los que abordan fenómenos que pueden ser atrapados en términos de movimientos sociales y aquellos que no alcanzan a constituirse en tales. Al parecer, la plasticidad de uno y otro objeto para ser encuadrados en un mismo enfoque es limitada. Sin embargo, para avanzar en la comprensión de las formas de conflictividad social, es importante partir de la base de que el «problema» no se aloja completamente en lo real sino también en nuestras lentes, en los conceptos que construimos para entender. Resulta difícil hoy postular una teoría del conflicto social al estilo de la que, sin ignorar las variedades y calidades, sustentaba los análisis del movimiento obrero. Este es el punto que retomamos en la última parte del artículo.

Antes, realizaremos un recorrido por la batería de conceptos que funciona como una caja de herramientas en las investigaciones sobre el tema. Prácticamente, el enmarque teórico de las mismas requiere tomar opciones dentro del contexto conceptual que pasamos a exponer.

### ***Teorías para armar conceptos y realidades***

Existen diversas formas de concebir la unidad de fenómenos de acción colectiva así como de buscar explicarlos, cuestiones distintas pero estrechamente relacionadas. En primer lugar, se presentarán brevemente los principales desarrollos conceptuales de las teorías especializadas que más vigencia tienen en los estudios actuales, a saber: a) de la movilización de recursos, b) del proceso político, c) de los nuevos movimientos sociales.

**La movilización de recursos (o de la acción colectiva como profesión).** La teoría de la movilización de recursos surge en Estados Unidos en la década del 70 como una crítica radical a los enfoques del comportamiento colectivo<sup>3</sup>. Contra el carácter disfuncional atribuido a la acción colectiva, este enfoque destaca sus continuidades con las prácticas institucionales. Contra la tesis irracionalista y reactiva, enfatiza la racionalidad de los actores y los problemas estratégicos que tienen que enfrentar para pasar a la acción. Contra las patologías psicológi-

---

3. Principalmente con los trabajos de J. McCarthy y M. Zald (quienes fueron los primeros en usar explícitamente la expresión «movilización de recursos»): *The Trends of Social Movements in America*, General Learning Press, Nueva Jersey, 1973, y de Anthony Oberschall: *Social Conflict and Social Movement*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, Nueva Jersey, 1973. Una revisión general de este enfoque, puede encontrarse en J. Craig Jenkins: «La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales» en *Zona Abierta* 69, 1994.

cas, enfatizan el papel de la protesta como agente de cambio institucional<sup>4</sup>. En definitiva, plantean la cuestión de la movilización social desde una concepción de la sociedad enteramente diferente. Mientras los teóricos del comportamiento colectivo pensaban que la sociedad es una totalidad de cuya estructuración dependen las prácticas de los individuos, los de la movilización de recursos entienden la sociedad como un agregado de individuos. Esta teoría, entonces, significó un giro individualista en la formulación de los problemas en torno de la acción colectiva, entendida ahora como una agregación de acciones individuales interesadas. El enigma de la acción colectiva pasa a ser cómo es posible la coordinación de una acción común entre individuos que deciden sobre la base del criterio de maximización de utilidades<sup>5</sup>. La fuerza de la argumentación teórica del enfoque de la movilización de recursos residió en la exorcización de todos los elementos de la acción colectiva que no puedan ser tratados en términos instrumentales, es decir de alguien que decide su conducta mediante el cálculo costo/beneficio.

***Los movimientos sociales se mueven con la lógica de una empresa en busca de clientes: procurando la identificación y ofreciendo incentivos***

Los principales argumentos de la teoría de la movilización de recursos son los siguientes: 1) las acciones colectivas son medios racionales para procurarse beneficios; 2) los objetivos de la misma se definen por los conflictos de intereses que se construyen como relaciones de poder institucionalizadas; 3) la emergen-

4. Bajo la denominación general de «teoría del comportamiento colectivo», encontramos, sin embargo, dos vertientes diferentes. Una surge dentro de la tradición estructural-funcionalista, cuyo representante más notable es Neil Smelser. Otra está ligada al interaccionismo simbólico y sus cultores son Robert Park, Herbert Blumer, Ralph Turner/Lewis Killian y Erving Goffman. Ambas comparten la caracterización del comportamiento colectivo como una forma que se desvía de las consideradas normales en la sociedad y a su vez pone de manifiesto una falla del orden social. Puede verse Enrique Laraña: «La actualidad de los clásicos y las teorías del comportamiento colectivo» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N° 74, Madrid, 1996.

5. Este enigma de la acción colectiva fue impulsado por la publicación en 1965 de *La lógica de la acción colectiva* de Mancur Olson, obra que tuvo gran impacto en la literatura politológica y sociológica sobre los movimientos sociales de las décadas de los 70 y 80. Buena parte de ésta constituye una respuesta a esta teoría. Olson estaba interesado en cómo evitar la defeción de los integrantes de grupos de interés. La solución que encontró al enigma fue el liderazgo y la asignación por la organización de incentivos selectivos a la acción conjunta. Sin éstos, nadie en su sano juicio podría decidir pagar los costos de la voz colectiva. Formulada la cuestión con presupuestos individualistas, la acción colectiva se vuelve imposible de manera espontánea. Solo los miembros más importantes del grupo, aquellos más interesados en el bien colectivo perseguido, podrían decidir racionalmente correr con los costos de una acción junto con otros. Asombra la repercusión de Olson, ya que nunca pretendió aplicar su teoría a un tipo de movilización como el movimiento social. La validez de la misma se agota en el campo económico, en el cual se supone que la maximización de utilidades es el criterio predominante de éxito, que los líderes son fácilmente identificables en las organizaciones y que éstas están ya establecidas. Sobre la influencia de Olson, v. Sidney Tarrow: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 40-47.

**Consideradas  
objetivamente,  
las oportunidades  
políticas  
tendrían  
el mismo estatus  
que una tasa  
de desempleo  
o cualquier otro  
dato estadístico**

cia de la movilización depende primordialmente de cambios en los recursos, en la organización del grupo, siendo el liderazgo el factor fundamental.

Los teóricos de la movilización de recursos tienen una concepción empresarial de los movimientos sociales por el peso que otorgan a los líderes, es decir, a quienes disfrutan «profesionalmente» siendo artífices de un movimiento<sup>6</sup>. El foco está puesto en la dinámica organizacional de la acción colectiva. Los intereses de los individuos y su voluntad de hacer todo

lo que esté al alcance para favorecerlos operan como una constante estructural. Estos intereses preexisten a la movilización y no se encuentran dispersos sino estructurados en relaciones conflictivas de poder. Tienen el papel del *factum* que otorga sentido a la acción colectiva. Los individuos se embarcan cooperativamente cuando perciben que cuentan con los recursos para hacerlo. El camino de la comunidad de intereses a la acción no es espontáneo; requiere de una voluntad empresarial. Digamos que los movimientos sociales se mueven con la lógica de una empresa en busca de clientes: procurando la identificación y ofreciendo incentivos<sup>7</sup>.

**Las oportunidades políticas (o de la importancia de la ocasión).** Comencemos con una cita de Tarrow: «El planteamiento principal de este estudio es que la gente se suma a los movimientos sociales como una respuesta a las oportunidades políticas, y a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva. Como resultado, el ‘cuándo’ de la puesta en marcha del movimiento social –cuándo se abren las oportunidades políticas– explica en gran medida el ‘por qué’. También ayuda a comprender el motivo por el que los movimientos no aparecen sólo en relación directa con el nivel de las quejas de sus seguidores. En efecto, si son las oportunidades políticas las que traducen el movimiento en potencia en movilización, incluso grupos con demandas moderadas y escasos recursos internos pueden llegar a ponerse en movimiento, mientras que los

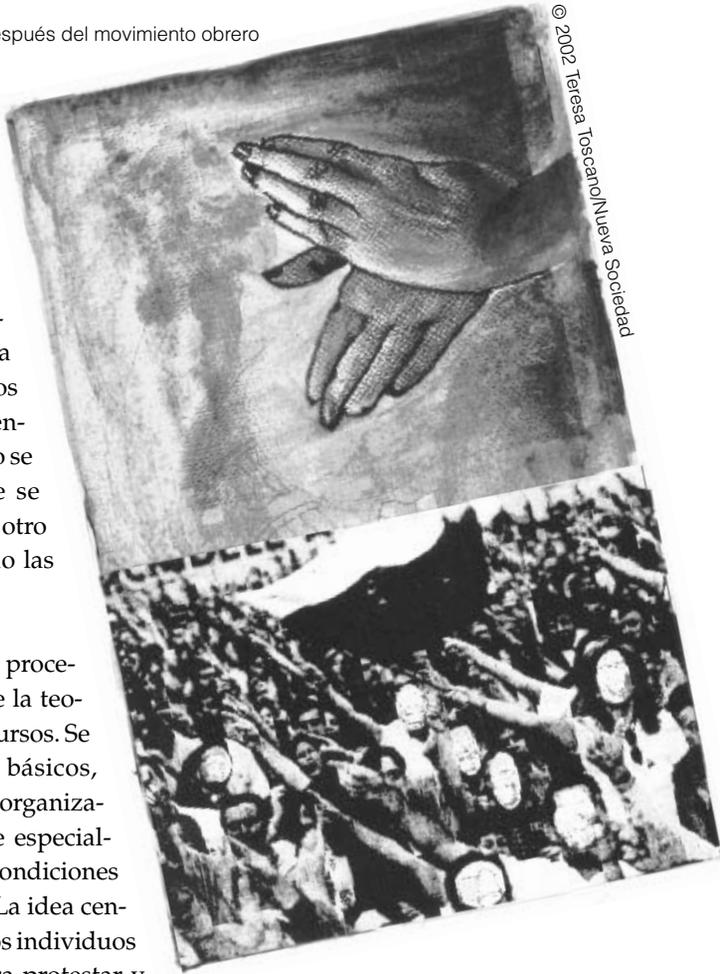
6. Una visión elitista de la sociedad impregna esta perspectiva de la movilización social centrada en la organización, pues se acepta que los sectores no privilegiados de la sociedad están en una posición pobre para iniciar movimientos insurgentes con sus propios recursos, requiriendo *sponsors* externos, o sea, líderes procedentes de segmentos de la elite social.

7. Debe aclararse que los mismos cultores del enfoque de la movilización de recursos han revisado y relativizado sus posturas absorbiendo conceptos de otros enfoques, como el de estructura de oportunidades políticas y el de marcos de acción colectiva, lo cual puede apreciarse en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald: «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales». Se trata de la introducción de los editores al libro *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Itsmo, Madrid, 1999.

que tienen agravios profundos y abundantes recursos –pero carecen de oportunidades– pueden no llegar a hacerlo. El concepto de oportunidades políticas nos ayudará también a explicar cómo se difunden los movimientos, cómo se extiende la acción colectiva y cómo se forman nuevas redes, que se tienden de un grupo social a otro al irse explotando y creando las oportunidades»<sup>8</sup>.

El enfoque denominado del proceso político surge a partir de la teoría de la movilización de recursos. Se aceptan sus presupuestos básicos, incluso la importancia de la organización interna, pero se dirige especialmente la atención hacia las condiciones externas al actor colectivo. La idea central de este enfoque es que los individuos tienen siempre razones para protestar y están dispuestos a hacerlo siempre que el costo es razonable. Las protestas aumentan o disminuyen en función de los cambios que hacen al sistema político más permeable o receptivo a las demandas de grupos particulares. Los autores que se destacan en esta línea son Tarrow<sup>9</sup>, Charles Tilly<sup>10</sup> y Doug McAdam<sup>11</sup>.

Tal cual se aprecia en la cita de Tarrow, la estructura de oportunidades políticas funciona en este enfoque como variable independiente, lo cual lo hace fuerte y



© 2002 Teresa Toscano/Nueva Sociedad

8. S. Tarrow, ob.cit., p. 49.

9. Ver ob. cit., pero advirtiendo que el marco conceptual que se despliega en este libro para explicar la aparición en la historia occidental del movimiento social como forma modular de acción colectiva excede en complejidad al esquema básico que surge de la cita puesta.

10. V., entre otras obras, *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, The Belknap Press of Harvard University Press, 1986, y su trabajo pionero dentro del enfoque *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill, 1978.

11. *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*, University of Chicago Press, 1982, es considerado un trabajo paradigmático dentro del enfoque.

vulnerable a la vez. Fuerte, en el sentido de contar con una dimensión «objetiva» de análisis, ya que se trata de un atributo del entorno político. Vulnerable, porque, en realidad, la oportunidad como determinante de la protesta no puede ser tratada como un dato objetivo sino como una percepción o construcción del actor. Consideradas objetivamente (desde el punto de vista del analista), las oportunidades políticas tendrían el mismo estatus que una tasa de desempleo o cualquier otro dato estadístico. Luego habría que restituir el camino que lleva de este indicador a la acción, lo cual exige irremediamente pasar por las representaciones de los actores. La explicación basada en la existencia de condiciones estructurales comunes para los actores da por sentada su capacidad para percibir, evaluar y decidir lo que tienen en común, ignorando los procesos que permiten o impiden a los actores definir la situación como susceptible de una acción común. El viejo problema de Marx: el pasaje de la clase en sí a la clase para sí, de las condiciones de clase a la acción de clase, permanece sin resolver.

Como teoría que aspira a explicar la emergencia y devenir de reclamos colectivos cae en un círculo: si el cuándo y el por qué de la protesta radica en que existió la oportunidad de llevarla a cabo, tenemos la protesta, entonces tiene que haber existido la oportunidad para que acontezca. Porque de lo contrario no hubiésemos tenido protesta. ¿Pero cómo sabemos que la oportunidad estaba sin su indicador, la protesta? *Ergo*, no contamos con una variable independiente que podemos analizar sin su indicador, que es a su vez el hecho a explicar. En realidad, si es verdad que el reclamo se concreta cuando está la oportunidad, se trata más bien de un presupuesto que de una variable explicativa.

¿Cómo salir de este círculo? Asumir plenamente que los actores calculan sus actos en consideración de las oportunidades que ellos perciben quita al enfoque la ventaja de contar con una variable explicativa independiente de la visión del actor. Pero cabe una defensa de este enfoque: la ocasión no hace, exclusivamente, al ladrón. Ninguno de los autores que se valen de esta teoría en sus investigaciones sostiene que la oportunidad política es una condición suficiente para la emergencia de reclamos colectivos, no obstante lo cual juega un papel central. Equiparar su modo de razonar con el de la ocasión hace al ladrón no es más que llevarlos al extremo en su lógica. Sin embargo, el análisis de las oportunidades políticas debe ser lo suficientemente rico y complejo para ser interesante en la comprensión de la emergencia y el devenir de los reclamos colectivos. La teoría sólo indica hacia dónde dirigir la mirada y es vaga en la definición de cuáles son los elementos del entorno político relevantes. La dirección señalada es mínima: es necesario inscribir los acontecimientos de protesta en el marco de un proceso político y, por ello, precariamente explicativa.

Cabe también otra defensa muy importante basada en el estilo de las investigaciones que en general se realizan bajo esta inspiración. Suelen utilizar series históricas de larga duración y estudios comparativos, de manera que probar la incidencia de factores políticos descritos independientemente de la visión de los actores se vuelve más factible.

De todos modos, existen tres riesgos con el concepto de oportunidad política. Primero, que se vuelva como una esponja capaz de absorber cualquier aspecto relacionado con el contexto de las protestas. Segundo, que las oportunidades no son solo función del contexto previo sino que pueden ser creadas por la acción colectiva misma. Tercero, las oportunidades son objeto de interpretación y de controversia, y deben asimilarse a través de un proceso de aplicación-elaboración de marcos interpretativos. Estos inconvenientes suelen ser reconocidos por los mismos autores dentro del enfoque, favoreciendo la integración en el mismo de la cuestión de los marcos interpretativos de la oportunidad política<sup>12</sup>.

**La constitución de un sujeto en la acción (o de la imposibilidad de establecer el orden entre el huevo y la gallina).** La dicotomía entre los enfoques basados en el interés y los basados en la identidad se ha convertido en un eje habitual de diferenciación entre los teóricos de la acción colectiva<sup>13</sup>.

Tanto en el enfoque de la movilización de recursos como en el del proceso político prevalece la perspectiva del interés y el cálculo racional para analizar fenómenos de acción colectiva. Estos enfoques han sido duramente criticados porque un modelo racional planteado en términos de costos y beneficios no puede explicar la acción colectiva si no se presupone constituida la identidad del actor<sup>14</sup>. En consecuencia, para poder establecer un vínculo entre un interés y una acción reivindicativa en vistas del mismo se requiere la presencia de una identidad colectiva, esto es, de un «nosotros» que otorgue consistencia y continuidad a la acción en función de la consideración de los costos y beneficios que reportarían las opciones de acción. La operación de cálculo tiene que poder ser

---

12. V. William Gamson y David Meyer: «Marcos interpretativos de la oportunidad política», en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (comps.), ob. cit. De igual manera que en el caso de la teoría de la movilización de recursos, los propios cultores del enfoque del proceso político pusieron en juego en sus investigaciones esquemas conceptuales que lo exceden.

13. V., p. ej., el renombrado trabajo de Jean Cohen: «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements» en *Social Research* N° 52, 1985.

14. V. los trabajos de Alessandro Pizzorno: «Identidad e interés» en *Zona Abierta* 69, Madrid, 1994, y «Algún otro tipo de alteridad. Una crítica a las teorías de la elección racional» en *Sistema* N° 88, Madrid, 1989.

imputada a un agente, cuyo juicio sea el fundamento de la decisión del curso de acción a seguir. En definitiva, la racionalidad instrumental no puede dar cuenta de la constitución de identidades. Según Pizzorno, existe una fase fundamental de la acción colectiva, o mejor dicho un tipo de empresa colectiva especial, en la cual los individuos se hallan empeñados precisamente en construir una identidad colectiva. Esta fase se caracteriza por la intensificación de la militancia en términos frecuentemente «irracionales», de acuerdo con la teoría de la elección racional.

Los enfoques del interés se sustentan en supuestos filosóficos acerca de la naturaleza del sujeto que conoce y actúa: fundamentalmente, suponen que un sujeto es tal en tanto tiene conciencia de sí –de sus deseos, sus ideas, sus fines, sus intereses– y dominio racional de su voluntad y campo de acción. El acceso cognitivo del sujeto a sus propios deseos e intereses se tiene por un proceso inmediato, transparente e interno a sí mismo. Si bien las raíces de estas ideas se remontan a los fundadores del liberalismo (Thomas Hobbes, John Locke) y del utilitarismo (Jeremy Bentham, John Stuart Mill, David Hume), no es necesario ir más lejos que a los supuestos del neoliberalismo para dar cuenta del paradigma a partir del cual se piensa la acción colectiva dentro de los enfoques centrados en el concepto de interés<sup>15</sup>. En esos supuestos, los más destacables son, en primer lugar, el atomismo, la tesis ontológica más general acerca del mundo: la realidad es una agregación de elementos (individuos, acontecimientos, acciones, decisiones...) que se relacionan externamente. En segundo lugar, el individualismo posesivo, el que organiza la concepción del hombre: cada hombre es un individuo, un ser cuya relación básica con la realidad es la propiedad irrestricta de sí y de sus bienes. Esto lo hace fundamentalmente un sujeto económico apropiador y consumidor, por lo cual el derecho de propiedad es la base de la identidad, de la vida social y el derecho humano básico. En tercer lugar, el racionalismo: la razón es la capacidad subjetiva de cálculo y adecuación de medios a un fin dado. La racionalidad no permite discernir entre fines, los cuales son entendidos como preferencias o valores subjetivos<sup>16</sup>.

Los estudios sobre los «nuevos movimientos sociales» pueden considerarse como el principal desarrollo de un enfoque de la acción colectiva centrado en la cuestión de la identidad. Dentro de esta corriente, pueden tomarse como exponentes distinguidos a Alberto Melucci, Clauss Offe y Alain Touraine. Estos au-

---

15. Friedrich Hayek, Milton Friedman, Gordon Tullock y Anthony Dawns cuentan entre los autores neoliberales más importantes.

16. V. Jorge Vergara: *Popper y la teoría política neoliberal*, Crítica y Utopía 12, Buenos Aires, 1984, donde puede encontrarse una muy buena exposición de los presupuestos del neoliberalismo.

tores, más allá de sus importantes diferencias, procuran explicar las variantes en las formas de movilización social en función de factores referidos a la estructura o el sistema sociales. De manera que, los cambios en el nivel estructural o sistémico explican el tipo de actores desafiantes y las formas de expresión del descontento que surjan. Se habla en la literatura del «enfoque europeo» de los movimientos sociales para englobar a estos autores, el cual toma un camino diferente al de las teorías basadas en la noción de interés: «enfoque americano». La dicotomía «identidad *versus* estrategia» refleja la controversia entablada entre estas perspectivas.

Herederos de la tradición marxista, los teóricos europeos habían visto el conflicto social como el resultado del enfrentamiento entre empresarios y obreros, como una lucha de clases en la que el protagonista más destacado era el movimiento obrero. A fines de los años 60 y a lo largo de la década siguiente, los científicos sociales europeos se encontraron con otras formas de protesta cuyos protagonistas poco tenían que ver con la clase obrera. La imagen de la novedad se impuso: eran nuevos actores, con nuevos objetivos y que desarrollaban nuevas formas de acción. ¿De dónde procedían estos nuevos actores?

Para dar cuenta de su emergencia, se ha insistido en la ruptura de las antiguas identidades de clase y en la consecuente necesidad de construcción (o recomposición) de una identidad colectiva que sustituya a las desaparecidas. En síntesis, este enfoque se centra en la identificación de una situación de quiebre de las identidades tradicionales en las sociedades europeas centrales, la cual colocó a los individuos en la necesidad (amenaza existencial mediante) de construir identidades sustitutas, proceso que tiene lugar en el terreno de la acción. O sea, la identidad no sería un sustrato anterior y fundante de la acción sino el correlato de un esfuerzo existencial ejercido en el terreno contingente de las situaciones prácticas. Justamente, este es el núcleo de la perspectiva constructivista: no es posible pensar la acción colectiva sin una noción de sujeto (identidad), pero el sujeto se revela en su producción en el mundo y su reflexión sobre sí a partir de ésta. Es claro el sustento estructuralista de los análisis de los nuevos movimientos sociales basados en la desarticulación de las identidades tradicionales. Tanto para Melucci como para Offe la novedad de los nuevos movimientos sociales radica en el sistema o en la estructura social en la cual se inscriben: para Offe, en la socie-

***No todos  
los fenómenos de  
acción colectiva  
pueden ser  
cómodamente  
comprendidos  
como una búsqueda  
de identidad,  
y tampoco como  
una estrategia***

dad posindustrial<sup>17</sup>; para Melucci, en la sociedad de la información<sup>18</sup>. Las argumentaciones se centran en la constatación del desvanecimiento o la transformación de las identidades clásicas, esto es, organizadas en torno del conflicto entre el capital y el trabajo constitutivo de la sociedad industrial, al compás de los grandes cambios societales en la nueva época<sup>19</sup>. Por razones evidentes, la referencia a la realidad de los países más desarrollados de Europa vuelve este marco teórico rígido y difícil de aplicar a otras realidades. Además, por otra parte, no todos los fenómenos de acción colectiva pueden ser cómodamente comprendidos como una búsqueda de identidad, y tampoco como una estrategia. En particular, los estallidos sociales desestabilizan estos enfoques, los cuales dan lugar a las reflexiones del punto siguiente.

### ***Buscando una teoría para los estallidos sociales***

Con las siguientes reflexiones no pretendemos ahogar el debate teórico sobre cómo describir adecuadamente fenómenos de acción colectiva al estilo de los estallidos sociales y formular hipótesis explicativas, sino contribuir con el mismo a partir de algunas ideas. En gran medida, estas no están desencarnadas, pues tienen sus raíces en una investigación propia sobre el Santiagazo<sup>20</sup>. Dejemos sentado que lo que sigue no es ni lejanamente un modelo de estallido social; se trata de algunos elementos productivos que pueden conducir al estudio de un tipo de movilización social.

En primer lugar, no consideramos necesario suponer una unidad de intenciones entre los individuos protagonistas del estallido social, es decir, ni de un esfuerzo colectivo fundado en voluntades externamente coincidentes, ni de una intención común como producto de un proceso de interacción en vistas de la constitución de una meta grupal. No parece tratarse de una acción de un grupo o sujeto colectivo, el cual requiere de una identidad forjada en una interacción previa que dé lugar a la coordinación de objetivos entre los miembros.

Para actuar juntos y hasta coordinadamente, coincidiendo en los objetivos y las formas de la protesta, no es necesario constituir un grupo ni pensar la acción

---

17. V. Clauss Offe: «Partidos políticos y nuevos movimientos sociales» en *Sistema*, Madrid, 1988.

18. Alberto Melucci: «¿Qué hay de nuevo en los 'nuevos movimientos sociales'?», en E. Laraña y J. Gusfield (comps.), ob. cit., 1994.

19. Un cuestionamiento de la diferenciación tipológica entre nuevo y viejo movimiento social puede encontrarse en Ludger Mees: «¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (comps.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, 1998.

20. *Un día de furia en Santiago del Estero: los significados de un estallido social*, Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

como resultado de un sujeto preexistente a la acción o construido justamente en esa acción misma.

Las teorías de la acción de masas y del comportamiento colectivo apuntaban en esta dirección, radicando la unidad de la acción en una experiencia emocional o en la resultante de una falla sistémica, respectivamente. La acción colectiva en ambos casos era inducida por mecanismos que claramente trascendían el plano de la intencionalidad. Pero no adherimos a sus presupuestos irraciona- listas y patologizantes; menos aún, la concepción fisiologista del mecanismo de la sugestión constituye la masa según Gustave Le Bon<sup>21</sup>.

En mitad de camino entre el grupo y la masa, se puede pensar que en el estallido social no se da una unidad de intenciones, ni de sentimientos o emociones. Puede haber, en cambio, una unidad en las percepciones de los individuos. Aquello que en común se percibe puede ser «una señal de una fisura en el orden social», como formula Smelser para el caso del «estallido hostil»<sup>22</sup>. La señal transmite la vulnerabilidad en que han caído los mecanismos de control social, revelando una buena oportu- nidad para golpear. Esta per- cepción común se traduce sub- jetivamente en incertidumbre y ansiedad. No hacemos referencia al cálculo de tal ocasión por los actores que tienen sus intereses sabidos (enfoque de las oportu- nidades políticas). Se trata, pre- cisamente, de una situación en la cual, como producto de un cua- dro social y político de gran in- certidumbre, han «estallado» los parámetros que definían aquellos intereses. Más que un proceso po- lítico, encontramos una ruptura del mismo.

21. Para este autor con la masa se forma una nueva entidad mental con atributos psicológicos distintivos. *Psychologie des foules*, Quadrige / PUF, 1998.

22. Neil Smelser: *Teoría del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.



Aquella señal de fisura del orden social puede ser simbolizada de diversas formas por los actores, ávidos de una definición de una situación extraordinaria y de una dirección para la acción que permita salir de la incertidumbre. Esto no significa la caída en la animalidad y la irracionalidad que enajena a los individuos en la masa, ni tampoco el espasmo de un sistema social quebrado. Es una respuesta frente a una crisis.

Podemos presuponer que lo que tienen en común quienes «estallan» es la percepción de una situación de crisis, de enorme incertidumbre; una experiencia de la fisura del orden cotidiano o del proceso habitual. La significación de la situación, los motivos para salir a la calle, los objetivos de la ira pueden perfectamente ser heterogéneos, y no, por ello mismo, la clave para fundar la unidad del objeto. Los estallidos sociales se escurren a un enfoque basado en la noción de estrategia por tres cuestiones fundamentales. La primera es que se caracterizan por la ausencia de un momento de decisión o premeditación plenamente consciente. La segunda es que se caracterizan por no presentar un adversario bien delineado ni un objetivo claramente determinado, y se presentan en un episodio. La tercera es que la consideración racional de las oportunidades y los recursos para actuar requiere de un campo de acción estructurado.

Sobre esta última cuestión, la teoría de la movilización de recursos presupone que los actores conocen y comparten intereses, no porque los hayan elaborado en un proceso de decisión colectiva, sino porque los mismos se encuentran estructurados en el campo de acción del cual se trate. En los estallidos no se produce un conflicto, definido como un enfrentamiento intencional y hostil entre por lo menos dos grupos que disputan derechos, valores o recursos.

Una situación de conflicto puede diferenciarse provechosamente de una situación de crisis<sup>23</sup>. Freund define una crisis como un proceso lento o repentino que rompe con una situación hasta ese momento conocida y aceptada y una parte de la población deja de adherir a las instituciones, reglas, gobernantes y demás elementos habituales, generándose una experiencia de incertidumbre y amenaza. Una crisis es una situación de transición o de cambio social, por tanto, de gran incertidumbre acerca del porvenir y de baja simbolización acerca de lo que está ocurriendo. El conflicto, por el contrario, brinda certidumbre a los adversarios. Ellos afirman su identidad en la disputa por algo definido. Tiene que aparecer una bipolaridad para que una crisis devenga en un conflicto.

---

23. Acerca de la distinción entre conflicto y crisis, v. Julien Freund: *Sociología del conflicto*, Fundación Cerien, Buenos Aires, 1987.

Que ocurra un estallido social indica más una crisis que un conflicto, y parece que no podría ser abordado teóricamente de forma indistinta en un caso y en el otro. Las situaciones de conflicto son más abordables desde los razonamientos constructivistas de la identidad. Las identidades se constituyen en el conflicto mismo. Precisamente, se trata de dar cuenta del proceso de definición de esas identidades en función del desarrollo del conflicto.

Por supuesto, sin poder resolverlo, podemos contribuir a empezar a plantear la cuestión de la contaminación que aparece como inevitable entre los estallidos como una modalidad de protesta social y las herramientas conceptuales que se utilizan para estudiarlos. Un esquema como el planteado indica, por un lado, la importancia del entendimiento de la situación de crisis, la cual remite a su vez al dominio de la comprensión de un proceso social general; y, por el otro, el poder de la interpretación en las ciencias sociales para inscribir la movilización social en un proceso, el cual bien puede ser un proceso político. Justamente, la operación de interpretación se nota despojada cuando no encuentra un punto de apoyo en algún esfuerzo empíricamente verificable para constituir un sujeto colectivo, como cuando éste se constata en un «nosotros» autosostenido.

***La productividad del concepto de clase se pierde cuando no aparece encarnado en la experiencia y la conciencia de gente real y en un contexto real, pero de cualquier manera deja una huella interesante***

Por cierto, estamos frente a un problema. Si las teorías pueden elegirse en función del tipo de acción colectiva que se quiera estudiar, cómo habría que considerar el potencial de aquéllas para una comprensión de la estructuración de la conflictividad social.

El concepto de clase social y el de lucha de clases aportan una idea general de la estructuración de la sociedad con su centro en el conflicto, la cual impedía encontrar «simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias»<sup>24</sup>. Pero, citando al mismo autor, «la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos»<sup>25</sup>. Vale decir que la clase existe en la experiencia y a la vez

24. E.P. Thompson: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989 vol. 1, Prefacio, p. 15.

25. E.P. Thompson: ob. cit., p. 14.

en la conciencia de los actores. La productividad del concepto de clase se pierde cuando no aparece encarnado en la experiencia y la conciencia de gente real y en un contexto real, pero de cualquier manera deja una huella interesante. Esta advierte que habría que replantearse, cada vez con el ancla en la realidad particular que se esté estudiando, la posibilidad de sostener un nivel de análisis sociológico que identifique oposiciones sociales pero sin sustituir los sujetos por categorías ni encontrar sujetos colectivos donde no se corrobora un autorreconocimiento.

La sociedad argentina ha caído en un nivel de desintegración muy fuerte. Está fuera del tema de este artículo describir esta situación de crisis. Simplemente lo mencionamos para señalar que es necesario hacerlo para comprender las nuevas formas de conflictividad social. Hay fuertes indicios de que estamos presenciando la estructuración de un nuevo conflicto social y no podemos predecir cuáles serán los sujetos del mismo. No sabemos, en definitiva, cuál será el resultado de las luchas por la integración social de las zonas de la sociedad que han quedado desvinculadas del empleo y también de la política. Apenas podemos describir numerosas agrupaciones sociales en rápida evolución que resisten. El presente es siempre fugaz para los individuos pero más fugaz lo es para la sociología. La conceptualización de procesos de cambio social profundo requiere de una retrospectiva de largo plazo, pero también de cierto punto de maduración o sedimentación de lo nuevo, para desde esa forma definida indagar su proceso de formación.

Pondremos unas notas fenomenológicas sobre el presente para concluir. Es un desafío saber cómo se dividen las aguas en el río revuelto que es la Argentina hoy. Existen dos movimientos sociales a considerar: el movimiento «piquetero» y las asambleas populares. Estamos contemplando su devenir. También hay que considerar el estallido social del 19 y 20 diciembre de 2001, cuando en un clímax en intensidad y significación, una combinatoria de saqueos y movilizaciones multitudinarias llevó al derrocamiento del presidente de la nación, siguió por empujar a la renuncia a quien asumió como interino por designación de la Asamblea Legislativa, y alcanzó un nivel de generalización e impacto social tal que parece marcar un punto de inflexión en la historia argentina. Tras varios días de saqueos y protestas en muchas provincias –que habían mostrado una situación de emergencia alimentaria–, la revuelta popular señalada comenzó con una ola de numerosos saqueos de negocios de alimentos y supermercados protagonizados por los más pobres en el Gran Buenos Aires.

Después de los numerosos saqueos ocurridos durante la jornada del 19, la movilización se propagó con la activación de la clase media en Buenos Aires, que

ganó la calle como respuesta a la declaración del estado de sitio, con lo cual el debilitado gobierno nacional pretendió afrontar la situación. Cuando el presidente Fernando de la Rúa terminó su discurso por cadena nacional de radio y televisión, la gente espontáneamente comenzó a golpear cacerolas en las ventanas, balcones y puertas de sus casas. El ruido se transmitió generando el impulso de salir a la calle. Es así como la gente se autoconvocó en esquinas y plazas de todos los barrios y fue acumulándose y marchando por las grandes avenidas hacia la Plaza del Congreso y la Plaza de Mayo, los lugares políticos por excelencia de la ciudad, donde se encuentran emplazados el Congreso y la Casa de Gobierno. La respuesta de las autoridades fue la declaración del estado de sitio, o sea la represión y suspensión de garantías constitucionales, lo cual desentonó como medio para dar una solución a la situación. Se sabe el significado profundo que en la Argentina tiene el estado de sitio, pues remite a los crímenes cometidos por la dictadura militar entre 1976 y 1983.

Los días 19 y 20 la población entera experimentó una situación extrema de desborde social. De la Rúa renunció en la noche del 20 de diciembre y no había ni una mínima certeza sobre quién lo reemplazaría. Esos días prácticamente todos los comercios de las grandes ciudades bajaron sus persianas por temor a ser saqueados, y también fueron desalojadas las oficinas públicas. La gran movilización de la noche del 19 en Buenos Aires derivó en una dura represión policial. Esta comenzó en la madrugada del 20 y continuó durante el día alcanzando un grado de violencia y dramatismo completamente desmesurado. El clima de activación social continuó.

A partir de ese momento de intensa agitación social, despuntaron dos movimientos sociales cuyo futuro se está jugando en el presente. Por un lado, el movimiento «piquetero», cuyo eje es la desocupación, se configura con más fuerza capitalizando numerosas experiencias previas de cortes de ruta, a veces con la dimensión de puebladas, a lo largo del territorio del país. Por otro lado, surgieron las asambleas barriales y los «cacerolazos» en Buenos Aires, y es necesario investigar la extensión de estos fenómenos en otras ciudades. En ambos movimientos se juega la estructuración de la conflictividad social en el marco de una situación nacional dramática. Es importante distinguir como dos objetos de análisis el estallido y la construcción de los movimientos sociales señalados. A lo largo de este trabajo hemos advertido que la red conceptual más productiva para estudiar estos últimos no necesariamente es la más productiva para dar cuenta del acontecimiento del estallido.